

sobre todo furibundo libelista. Sus obras bastarian á llenar una biblioteca, porque tuvo todas las ambiciones literarias, y lo recorrió todo, desde el sermón hasta la *priapeya*. Apasionado, iracundo, vindicativo y grosero, derramó contra sus enemigos literarios y políticos más hiel que tinta, en la *Besta Esfollada* y en otros mil folletos de gladiador, que viven y merecen ser leídos todos, porque este era el género propio y el elemento nativo del autor, no ciertamente consumado en la ironía ática, pero sí abundante y originalísimo en el uso del vocabulario callejero y de la *hampa* de Lisboa. Fuera de que la pasión enciende y da calor á todas las páginas que toca ¹.

¹ Dicen algunos que José Agustín de Macedo tuvo al principio veleidades liberales, y que, desairado en unas elecciones á Cortes, se pasó al bando miguelista. El hinchado y ditirámbico Lopes de Mendonça (*Memorias de literatura contemporánea*), llega á apellidarle *renegado de la masonería*. Otros le deñenden, y la verdad es que fué indignamente calumniado por sus enemigos, que todavía dura el odio antiguo contra él, y que ha de pasar mucho, antes que se diga sobre este fiero batallador la verdad entera.

CAPÍTULO IV

PROTESTANTES ESPAÑOLES EN EL ÚLTIMO TERCIO DEL SIGLO XIX.—DON JOSÉ MARÍA BLANCO (WHITE).—MUÑOZ DE SOTOMAYOR.

I. Cristiana educación y primeros estudios de Blanco. Su vida literaria en Sevilla. Sus poesías. *La Academia de Letras Humanas*. Incredulidad de Blanco.—II. Viaje de Blanco á Madrid. Sus vicisitudes durante la guerra de la Independencia. Emigra á Londres, y publica allí *El Español*. Abraza el protestantismo y se adhiere á la iglesia oficial anglicana.—III. Vicisitudes, escritos y transformaciones religiosas de Blanco, desde que se afilió á la iglesia anglicana hasta su conversión al unitarismo.—IV. Blanco unitario (1833). Sus escritos y opiniones. Su muerte (1841).—V. Muñoz de Sotomayor.

I.—CRISTIANA EDUCACION Y PRIMEROS ESTUDIOS DE BLANCO.—SU VIDA LITERARIA EN SEVILLA.—SUS POESÍAS.—LA ACADEMIA DE LETRAS HUMANAS.—INCREDULIDAD DE BLANCO.



EL PERSONAJE de quien voy á escribir ahora es el único español del siglo XIX, que habiendo salido de las vías católicas, ha alcanzado notoriedad y fama fuera de su tierra; el único que ha influido, si bien desastrosamente, en el movimiento religioso de Europa; el único que logra en las sectas disidentes renombre de teólogo y exegeta; el único que, escribiendo en una lengua extraña, ha mostrado cualidades de prosista original y nervioso. Toda creencia, todo capricho de la mente ó del deseo se convirtió en él en pasión; y como su fantasía era tan móvil como arrebatado y violento su carácter, fué espejo lastimosísimo de la desorganización moral á que arrastra el predominio de las facultades imaginativas, sueltas á todo galope en medio de una época turbulenta. Católico primero, enciclopedista despues, luego partidario de la iglesia anglicana, y á la

postre unitario y apenas cristiano.... tal fué la vida teológica de Blanco, nunca regida sino por el ídolo del momento y el amor desenfrenado del propio pensar, que con ser adverso á toda solución dogmática, tampoco en el escepticismo se aquietaba nunca, sino que cabalgaba afanosamente, y por sendas torcidas, en busca de la unidad. De igual manera, su vida política fué agitada por los más contrapuestos vientos y deshechas tempestades, ya partidario de la independencia española, ya filibustero y abogado oficioso de los insurrectos caraqueños y mejicanos, ya *tory* y enemigo jurado de la emancipación de los católicos, ya *whig* radicalísimo y defensor de la más íntegra libertad religiosa, ya amigo, ya enemigo de la causa de los irlandeses, ya servidor de la iglesia anglicana, ya autor de las más vehementes diatribas contra ella, ora al servicio de Canning, ora protegido por lord Holland, ora aliado con el Arzobispo Whately, ora en intimidad con Newman y los *fuseistas*, ora ayudando al Dr. Channing en la reorganización del *unitarismo* ó *protestantismo liberal* moderno.

Así pasó sus trabajosos é infelices días, como nave sin piloto en ruda tempestad, entre continuas apostasías y cambios de frente, dudando cada día de lo que el anterior afirmaba, renegando hasta de su propio entendimiento, levantándose cada mañana con nuevos apasionamientos que él tomaba por convicciones, y que venían á tierra con la misma facilidad que sus hermanas de la víspera; sincero quizá en el momento de exponerlas, dado que á ellas sacrificaba hasta su propio interés; alma débil, en suma, que vanamente pedía á la ciencia lo que la ciencia no podía darle, la serenidad y templanza de espíritu, que perdió definitivamente desde que el orgullo y la lujuria le hicieron abandonar la benéfica sombra del santuario.

Cómo, bajo la pesada atmósfera moral del siglo XVIII, se educó esta genialidad contradictoria y atormentadora de sí misma, bien claro nos lo han dicho las mismas confesiones ó revelaciones íntimas que Blanco escribió en varios períodos de su vida, como ansioso de descargarse del grave peso que le agobiaba la conciencia ¹.

¹ La principal fuente para este capítulo (además de los escritos de Blanco, todos los cuales tengo á la vista) es la excelente biografía publicada en inglés por Hamilton Thom, con el título de

The Life of the Rev. Joseph Blanco White, written by himself, with portions of his correspondence. Edited by John Hamilton Thom. In three volumes. Vol. I. London: John Chapman, 221, Newgate Street. 1845. Tres tomos: el I de XII más 501 págs.; el II de IX más 362; el III de X más 480. Con un retrato en acero de Blanco White.

La parte primera, que comprende los sucesos de Blanco White en España, está formada con cartas del mismo Blanco al Dr. Whately, arzobispo protestante de Dublín.

En las *Letters from Spain* insertó Blanco una especie de Memoria autobiográfica, con el tí-

La familia de Blanco (apellido con que en España se tradujo literalmente el de White) era irlandesa y muy católica. Desde el tiempo de Fernando VI se había establecido en Sevilla, dedicándose al comercio, no con gran fortuna, pero sí con reputación inmaculada de nobleza y honradez. La casa de D. Guillermo White, más que escritor de comerciante, parecía un monasterio de rígida y primitiva observancia, como si en el alma de aquel virtuoso varón viviese todo el fervor acumulado en los pechos irlandeses por tantos siglos de persecución religiosa. Del cruzamiento de aquella sangre hibernica con la andaluza había resultado una generación no sólo devota sino mística y nacida para el claustro, ya que no podía coger las sangrientas rosas del martirio. Dos hermanas tuvo Blanco, y las dos se hicieron monjas.

La madre de Blanco no era mujer vulgar y sin cultura: su hijo habló siempre de ella con extraordinaria y simpática admiración. «Trajo á su marido (escribe en las *Letters from Spain*) un verdadero tesoro de amor y de virtud, que fué sin cesar acrecentándose con los años.... Sus talentos naturales eran de la especie más singular. Era viva, animada y graciosísima: un exquisito grado de sensibilidad animaba sus palabras y sus acciones, de tal suerte, que hubiera logrado aplauso, aun en los círculos más elegantes y refinados».

De tales padres nació Blanco en Sevilla, el 11 de Julio de 1775. Aprendió á deletrear en las historias del Antiguo Testamento, en las vidas de los Santos y en los milagros de la Virgen. Los días de fiesta llevábale su padre á visitar los hospitales, y á consolar y asistir á los pobres vergonzantes, curando sus llagas y tanteando su laceria.

Aunque tan severa, la educación de Blanco fué esmerada. Le destinaban al comercio, pero su madre le hizo aprender latin, además del inglés, que usaba como segunda lengua nativa. Enojada la vivísima imaginación del muchacho con la monótona prosa del *libro mayor* y de las facturas, antojósele un día ser fráile ó clérigo, al modo de los que veía festejados en casa de su padre, y esta irreflexiva *veleidad* de un muchacho de trece años fué tomada por el buen deseo

tulo de *A few facts connected with the formation of the intellectual and moral character of a Spanish Clergyman* (págs. 66 á 134).

Otra noticia autobiográfica publicó en las *Varietades ó Mensajero de Londres* (tomo II, página 299), con título de *Despedida á los americanos*.

Véanse además:

Gallardo (D. Bartolomé) *Apuntes biográficos de Blanco* (en el tomo III de los *Poetas líricos del siglo XVIII*, de D. Leopoldo A. de Cueto (págs. 619 á 651).

—Gladstone (W. E.) *Blanco White* (artículo del *Quarterly Review* (Junio de 1845), reproducido en sus *Gleanings* (New-York, 1879).

de sus padres como signo de vocación verdadera. Le enviaron, pues, al colegio de los dominicos, donde aprendió muy mal y de mala gana la filosofía escolástica por el Goudin, autor no ciertamente bárbaro, com o él dice, sino uno de los mejores expositores de Santo Tomás, entonces y ahora.

Pero si en la doctrina tomística adelantaba poco (y bien se le conoció en adelante), su vivo y despierto ingenio encontró fácil ocupación en los estudios amenos, á que le encaminaron vários condiscípulos suyos. Aprendió el italiano sin más fatiga que la de cotejar la *Poética*, de Luzan, con el libro *Della Perfetta Poesía*, de Muratori. Perfeccionóse en el francés, y el *Telemaco* encantó sus horas, dándole á gustar, aunque de segunda mano, las risueñas ficciones de la Grecia. Trabajó amistad con D. Manuel María del Mármol, estudiante de Teología entonces, y luego maestro de Humanidades por medio siglo largo, mediano poeta y aún más mediano tratadista de filosofía, autor de un *Succus logicae*, extractado del Genuense. Mármol inició á Blanco en el mecanismo de la poesía castellana, y aún en los arcanos de la filosofía experimental, poniéndole en las manos el *Novum Organum* de Bacon. Otro de sus íntimos fué Arjona, el luego famoso Penitenciario de Córdoba, mucho más poeta y literato que Mármol y aún que todos los sevillanos de aquella era, incansable propagador del gusto clásico, y fundador de la *Academia Horaciana* y de la *del Silé*. «Arjona fué quien desarrolló mis facultades intelectuales (dice Blanco)..... la amistad que entablamos, él como maestro y yo como uno de los tres ó cuatro jóvenes que por afición instruía casi diariamente, fué de las más íntimas y sinceras que he disfrutado en el mundo».

La lectura de las obras de Feijóo, que le prestó una amiga de su madre, abrieron á sus ojos un mundo nuevo¹. «Como si por influjo de la misteriosa lámpara de Aladino, hubiera yo penetrado de repente en los ricos palacios subterráneos, descritos en *Las mil y una noches*, tal arrobamiento experimenté á vista de los tesoros intelectuales, de que ya me creía poseedor. Por primera vez me encontré en plena posesión de mi facultad de pensar, y apenas puedo concebir que el alma, subiendo despues de la muerte á un grado más alto de existencia, pueda disfrutar de sus nuevas facultades con más íntimo deleite. Es verdad que mi conocimiento estaba reducido á unos pocos hechos físicos é históricos, pero había yo aprendido á

¹ Vid. *Letters from Spain*, pág. 99.

razonar, á argüir, á dudar. Con sorpresa y alarma de mis allegados, halléme convertido en un escéptico, que (fuera de las cuestiones religiosas) no dejaba pasar ninguna de las opiniones corrientes, sin reducirlas á su justo valor».

No nos engañemos, sin embargo, sobre el alcance de este escepticismo, por más que Blanco White exagere sus ecletoes *a posteriori*. Ni Feijóo ha hecho escéptico á nadie, ni Blanco dejaba de ser á aquellas fechas un muy fiel y sencillo creyente. ¿Y cómo no, si él mismo en otra parte y con más sinceridad confiesa que «fué el primero y más ansioso cuidado de sus padres derramar abundantemente en su ánimo infantil las semillas de la virtud cristiana»..... y que «la instrucción religiosa penetró en su mente con los primeros rudimentos del lenguaje», y que «las primeras impresiones que formaron su carácter de niño, fueron la música y las espléndidas ceremonias de la catedral de Sevilla»?

No fueron ciertamente estas semillas escépticas las que hicieron apostar á Blanco. Ningun espíritu más dogmático que el suyo, hasta cuando en sus últimos años renegaba de todo dogmatismo. Esta misma negación se trocaba, al pasar por sus labios, en afirmación fanática. Siempre le aquejó la necesidad de creer en algo, si quiera fuese por veinticuatro horas, pero en tan breve plazo creía con pasión, con ardoroso fanatismo; sincero en cada momento de su vida, aunque veleidoso en el total de ella.

El mismo, que tan chistosamente nos habla del *escepticismo* de su mocedad (como si en un irlandés ingerto en andaluz tuviera tal palabra significación alguna), seguía por entonces con íntima devoción los ejercicios de San Ignacio bajo la disciplina del P. Teodomiro Diaz de la Vega, prepósito del oratorio de San Felipe Neri de Sevilla, y ahogaba hasta su única inclinación amorosa juvenil en aras del amor divino.

Así recibió las primeras órdenes, continuando sus estudios de Teología, no en la Universidad de Sevilla, sino en el colegio de Maese Rodrigo, que estaba en mejor opinión entre la gente devota, y recibiendo sus grados en la Universidad de Osuna. Su misticismo era entonces fervoroso: leía sin cesar libros de piedad y devoción, y veíasele á toda hora consultando á su confesor en San Felipe Neri.

Ordenado ya de presbítero Blanco (1800) y Rector del Colegio de Santa María de Jesús, hizo oposiciones á una canongía de Cádiz, de

¹ *Letters from Spain*, pág. 74.

las cuales salió con mucho lucimiento, y á pocos meses obtuvo (1801), tambien por oposicion, la magistral de la Capilla real de San Fernando de Sevilla: puesto de los más altos á que podia aspirar en aquella metropolitana un mancebo de veintiseis años.

Hallábase entonces en su apogeo la moderna escuela poética sevillana. Unos cuantos estudiantes, alentados y de esperanzas, habian tenido la osadía de sobreponerse á la cenagosa corriente del mal gusto, á la vez conceptuoso y chavacano, que predominaba allí desde el siglo anterior. De esta noble y bien encaminada resistencia nació la famosa *Academia de Letras Humanas*, excelente invernadero de poesía académica y refinada, que tuvo á lo ménos la ventaja de la nobleza en los asuntos y de la seleccion en el lenguaje, por más que como todo grupo que empieza por proclamarse *escuela*, hiciera correr la neo-hispalense (que vanamente aspiraba á ser prolongacion de la antigua de los Herrereras y Rijoas) su inspiracion por cauce muy estrecho, cayendo á los pocos pasos en la *manera* y en el formalismo vacío, de que no se libraron ni aún los que de ellos tenian condiciones poéticas más nativas y sinceras, Arjona y Lista, por ejemplo.

Entre ellos figuró Blanco como estrella menor y de luz más dudosa, pues aunque fuera notoria injusticia negar que en su alma ardentísima llegó á germinar con el tiempo el estro lírico, que le inspiró en sus últimos años algunos versos delicados y exquisitos, así ingleses como castellanos, libres enteramente del farrago convencional de la escuela sevillana, tambien es cierto que sus primeros versos impresos hácia 1797, ya en un cuaderno suelto (con otros de Lista y Reinoso), ya en el *Correo literario de Sevilla*¹, por ninguna cualidad superior ni por rasgo alguno de estilo propio se distinguen de las demás odas palabreras y pomposas que hacian Roldan, Castro, Nuñez y los demás poetas secundarios de la escuela. Ni Blanco ni ellos pasan nunca de expresar con medianía elegante pensamientos comunísimos. Quintana admiraba mucho la oda de Blanco *al triunfo de la beneficencia*, recitada en la Sociedad Económica de Sevilla el 23 de Noviembre de 1803. Leida hoy, nos parece una declamacion ampulosa, inferior de mucho á los tersos y cándidos versos que el mismo asunto inspiró á Lista. Lista, al cabo, en su esfera de luz sosegada y apacible, era poeta, y Blanco, en aquella fecha, aún no pasaba de retórico

¹ *Poetas de una Academia de Letras Humanas de Sevilla. Antecede una vindicacion de aquella junta por Eduardo Adrian Vazquez. Sevilla, Vazquez, 1797, XXII más 142 págs. en 4.º* Así éstos, como los restantes versos de Blanco, han sido recogidos con mucho esmero por el señor Marqués de Valmar, en el tomo III de sus *Poetas líricos del siglo XVIII*.

altisonante y versificador fácil. La segunda parte de la oda es mejor que la primera, y la factura de algunas estrofas intachable.

..... Tú rompiste
Los lazos de la nada, y de otros séres
La muchedumbre densa
Por tí nació á la luz y á los placeres.
En el Sér soberano
La fuente de la vida abrió tu mano.

.....
¿Quién sino tú, consoladora Diosa,
Fecundó de la tierra el seno rudo?
¿Quién sino tú, del piélago insondable,
De montes con fortísima cadena
La furia enfrenar pudo?
¿Quién sino tú vistió la faz amena
Del prado con verdura,
Y dió á la opaca selva su espesura?

Del hombre eternamente enamorada,
Tú fuiste quien de pompa y de riqueza
Cubrió su felicísima morada.

.....
Aún no giraba el sol sobre eje de oro,
Ni de su ardiente rostro derramaba
La hermosa luz del día,
Y ya al mortal tu amor le preparaba
De su autor en el seno,
De riqueza y placer un mundo lleno.

Versos tan elegantes y felizmente contruidos como éstos, se hallarán asimismo en las correctas odas de Blanco *A la Inmaculada Concepcion de Nuestra Señora, A Carlos III, restablecedor de las ciencias en España, A Licio y á las Musas*. Pero la obra de Blanco más celebrada por sus compañeros de Academia, fué un poema didáctico sobre la *Belleza*, de que hoy no resta más que la memoria¹. Quizá se encuentre alguna reminiscencia de él en la oda sobre *los placeres del entusiasmo*, una de las mejores composiciones de la primera manera de Blanco.

¹ Han sido inútiles todos los esfuerzos del Sr. de Cueto para haber á las manos esta obra inédita é insertarla en su coleccion.

Mejores que sus versos originales son los traducidos. El conocimiento que Blanco tenía de la lengua inglesa y su familiaridad con los poetas del tiempo de la reina Ana, clásicos á la latina ó á la francesa, puso de moda el nombre y los escritos de Pope entre los poetas sevillanos. Lista imitó la *Dunciada* en el *Imperio de la Estupidez*; Blanco tradujo en versos sueltos de gran hermosura la égloga de *El Mesías*:

Tiempo dichoso en que, á la fresca sombra
Del álamo, sentado el pastor mire
Cubrirse el yermo prado de azucenas,
Y convidado del murmullo grato
De las sonoras fuentes, sus cristales
Mire brotar del árido desierto.
El tigre, de su furia ya olvidado,
Será entre alegres tropas de garzones
Con lazadas de flores conducido;
Y el pqueñuelo infante, acariciando
La víbora y la sierpe, sus colores
Celebrará con inocente risa.
Jerusalem, Jerusalem divina,
Levanta la cabeza coronada
De esplendor celestial. Mira cubierto
Tu suelo en derredor, y de tus hijos
Admira la gloriosa muchedumbre;
Mira cual de los últimos confines
A tí vienen los pueblos prosternados,
De tu serena lumbré conducidos.
El incienso quemado en tus altares
Sube en ondosas nubes. Por tí sola
Llora el arbusto en la floresta umbría
Sus perfumes; por tí el Ofir luciente
Esconde el oro en sus entrañas ricas.

Con igual acierto, pero no directamente del original alemán, sino de una traducción francesa, puso en castellano Blanco la *Cancion de la alborada*, de Gessner. Ya entonces despuntaban en él las condiciones de traductor eximio, que luego brillaron tanto en su insuperable versión del monólogo de *Hamlet* y de otros trozos de Shakespeare ¹.

¹ Además de las poesías ya citadas, merecen elogio, entre los *juvenilia* de Blanco, su epístola en verso suelto á Forner, y su égloga *Corita*.

Fielles los poetas sevillanos á la ridícula costumbre arcádica, eligieron cada cual un nombre poético. Blanco se llamó *Albino*, y así se le encuentra designado en las numerosas odas *ad sodales*, que mutuamente se dirigían él y Lista y Reinoso. El segundo, sobre todo, sintió por Blanco amistad tiernísima, que no amenguaron ni los años, ni los errores de su amigo, ni la variedad de sus fortunas. Todavía en 1837 dedicaba á *Albino* la colección de sus versos con este soneto, reproducido en todas las ediciones:

La ilusion dulce de mi edad primera,
Del crudo desengaño la amargura,
La sagrada amistad, la virtud pura,
Canté con voz ya blanda, ya severa.
No de Helicon la rama lisonjera
Mi humilde génio conquistar procura:
Memorias de mi mal y desventura
Robar al triste olvido sólo espera.
A nadie sino á tí, querido Albino,
Debe mi tierno pecho y amoroso
De sus afectos consagrar la historia.
Tú á sentir me enseñaste, tú el divino
Canto y el pensamiento generoso:
Tuyos mis versos son, y esa es mi gloria ¹.

Ninguna escuela ó grupo literario abusó tanto y tan cándidamente del elogio mútuo, como la escuela sevillana. Tiene algo de simpático, por lo infantil, este afán de enquirnaldarse unos á otros aquellos *escogidos de Apolo*, con las marchitas ó contrahechas flores del *Parnaso*, que si fueron olorosas y lozanas en el siglo del Renacimiento, habian perdido ya toda frescura y aroma, á fuerza de ser rústicamente ajadas por todas manos. Era un verdadero diluvio de frases hechas, azote de toda poesía:

Tú del sacro Helicon, mi dulce Albino,
Ascendiste á la cumbre soberana,
Y fuiste en ella honor del almo coro;
Para tí su divino
Mirto, Vénus ufana
Cultivó entre los nácares y el oro.

¹ A Blanco están dirigidas una epístola, una elegía y una oda de Reinoso, y tres odas de Lista.

Así exclamaba Lista en loor de su amigo; y aún con más afectación en otra oda, cuyas retumbancias, alusiones y perfrasis, no serían indignas del mismo Martin Scriblero:

Tú de Minerva las sagradas aras
Pisas insomne, y de Cupido y Baco
La dulce llama que al mortal recrea,
Pródigo huyes.

Y de Sileno la *pamfinea* enseña
Y de Acidalia los nevados cisnes
Dejas, y al ave de la noche augusta
Sigues callado.

Ya en negra tabla los certeros signos
Copias de Hipátia, del divino Euclides
Ya las figuras que la inmensa tierra
Miden y el orbe.

Nuevo Kepléro, á los etéreos astros
Dictarás leyes, mientras yo modesto
Y más felice, las de Filis bella
Tierno recibo.

Toda esta fraseología quiere decir que Blanco se dedicaba entonces al estudio de las matemáticas. Pero otras lecturas no tan inocentes le preocupaban más, y el mismo Blanco lo ha confesado sin rebozo en su despedida á los americanos: «Al año de haber obtenido la magistralía, me ocurrieron las dudas más vehementes sobre la religión católica..... Mi fé vino á tierra..... hasta el nombre de religión se me hizo odioso..... Leía sin cesar cuantos libros ha producido Francia en defensa del deísmo y del ateísmo ¹.

El *Sistema de la Naturaleza*, del baron de Holbach (publicado con nombre de Mirabaud) fué de los que le hicieron más impresion. La muerte de una hermana suya, y el haberse encerrado la otra en un convento ², acabó de quitarle todo freno. Prosiguió sin descanso en sus insanas lecturas, se hizo materialista y ateo, y pensó formalmente emigrar á los Estados-Unidos, en busca de libertad religiosa.

¹ La madre de Blanco, mujer de grande entendimiento, sospechó antes que otra persona ninguna el cambio de ideas de su hijo: «Tomó el partido de evitar mi presencia (dice el mismo Blanco en su *Preservativo contra Roma*) y de encerrarse en su cuarto á llorar por mí». (Página 4.)

² Para su profesion compuso Lista sus dos hermosas odas: *El sacrificio de la esposa* y *El canto del esposo*.

II.—VIAJE DE BLANCO Á MADRID.—SUS VICISITUDES DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.—EMIGRA Á LONDRES Y PUBLICA ALLÍ «EL ESPAÑOL.»—ABRAZA EL PROTESTANTISMO Y SE ADHIERE Á LA IGLESIA OFICIAL ANGLICANA.



N TAL situación de espíritu no podia ser muy del agrado de Blanco la estancia en Sevilla, ciudad tenida en todos tiempos por muy *levítica*. Y como ya la fama de sus versos y de sus sermones (alguno de los cuales anda impreso) habia llegado á la córte, no le fué difícil conseguir una licencia del rey para vivir en Madrid un año, la cual fué prorogando luego con vários pretextos. El Príncipe de la Paz le nombró *catequista* (*prismus tenentis*) ó seáse maestro de doctrina cristiana en la escuela Pestalozziana, que dirigia otro volteriano, el Abate Alea.

«Me avergonzaba de ser clérigo (dice Blanco en la *despedida á los americanos*), y por no entrar en ninguna iglesia, no ví las excelentes pinturas que hay en las de aquella córte. ¡Tan enconado me habia puesto la tiranía!»

¡La tiranía! No estaba ahí el misterio, y el mismo Blanco, en uno de sus accesos de sinceridad, lo confesó en Londres ¹, pensando herir con ello al sacerdocio católico, cuando sólo se afrentaba á sí propio: «Viví en la inmoralidad mientras fuí clérigo, como tantos otros que son polilla de la virtud femenina». Prescinda mi lector de la insolente bufonada con que esta cínica confesion termina, y aprenda á qué atenerse sobre las teologías y liberalismos de Blanco. ¡Que siempre han de andar faldas de por medio en este negocio de herejías!

Este influjo mujeriego por un lado, y la tertulia de Quintana por otro, acabaron de dar al traste con los últimos restos de la fé de Blanco. Así le encontró la guerra de la Independencia, y abrazando el por de pronto la causa del alzamiento español, siguió á Sevilla la retirada de la Junta Central, dijo en su instalacion la primera Misa, como Capellan de ella, y *prosiguió* (son palabras suyas) *en su odioso oficio de engañar á las gentes*. De este tiempo es su oda á la *Junta Central*, declamatoria y mediana, de estilo quintanesco:

Mas ¡ah! tronando el cielo
La blasfemia escuchó, y al punto alzado

¹ *Variaciones ó Mensajero de Londres* (págs. 307 y 309).

En medio de los campos de Castilla,
No, exclamó el númen del ibero suelo,
No, resuenan los plácidos vergeles
 Que el sacro Tajo baña,
No, dicen de su orilla los laureles,
 Y allá en eco lejano
No, repiten los montes de la España,
No, responde bramando el Océano.

Ya queda dicho en otra parte de estos estudios, que Blanco y Lista colaboraron en el *Semanario Patriótico*, con Antillon y los amigos de Quintana, y ahora debe añadirse que á Blanco se atribuyó en 1809 la consulta de la Universidad de Sevilla sobre convocatoria de Córtes.

La invasion de las Andalucías por los franceses en 1810 obligó á Blanco á salir precipitadamente de Sevilla, en la noche del 29 de Enero, en compañía del embajador de Portugal. A los pocos meses, con universal sorpresa de sus amigos, se embarcaba en Cádiz para Falmouth.

¿Qué motivos pudieron forzarle á tan extraña resolucion? Hasta entonces la vida de Blanco nada de singular habia tenido, pareciéndose en suma á la de muchos clérigos literatos de su tiempo, *alegres* y *volterrianos*, de cuya especie han llegado casi á nuestros días ejemplares ilustres y muy bien conservados. Como ellos, habria proseguido Blanco en su oficio de engañar á las gentes, si cierta honradez nativa no le hubiera hecho avergonzarse de su propia degradacion y miseria, y si un motivo mundano (que nos reveló la áspera pluma de Gallardo) no hubiera resuelto aquella afrentosa crisis. Blanco tenia vários hijos, y amando entrañablemente á aquellos frutos de sus pecados, queria á toda costa darles nombre y consideracion social. De aquí su resolucion de emigrar y hacerse protestante: para él, incrédulo en aquella fecha, lo mismo pesaba una religion que otra, ni habia más ley que la inmediata conveniencia.

Ásperos fueron sus años de aprendizaje en Lóndres. Por más que le fuera casi doméstica desde sus primeros años la lengua inglesa, tardó en adquirir facilidad de escribirla, y el atraso de nuestra cultura respecto de la británica le llenó de temeroso respeto. «Persuádmeme que, en comparacion de las gentes de letras de este país, yo me hallaba en profunda ignorancia». De aquí una labor tenaz é ince-

sante. Durante cuatro años, estudió cada día diez horas de las veinticuatro, dominó el inglés, se hizo consumado en el griego, y se aplicó á la lectura de los antiguos Padres, estudio predilecto de los teólogos anglicanos.

Entre tanto, y antes de lanzarse á la controversia dogmática, escribió mucho de política, en lengua castellana. Protegido y áun subvencionado por Lord Holland (el sobrino de F6x), por M. John Jorge Children y por M. Ricardo Wellesley, fundó un periódico titulado *El Español*¹. Empresa más abominable y antipatriótica no podia darse, en medio de la guerra de la Independencia. En los primeros números pareció limitarse á recomendar la alianza inglesa y las doctrinas constitucionales: luego atizó el fuego entre el duque de Alburquerque y la Regencia, y maltrató horriblemente á la Junta Central, como queriendo vengarse del silencio que le habia impuesto en Sevilla, cuando redactaba el *Semanario Patriótico*. Y finalmente, desde el número tercero, comenzó á defender sin rebozo la causa de los insurrectos americanos contra la Metrópoli. De Caracas y Buenos-Aires empezaron á llover suscripciones y dinero: el gobierno inglés subvencionó bajo capa, al apóstata canónico, y Blanco, desafiándose cada vez más, estampó en su periódico las siguientes enormidades: «El pueblo de América ha estado trescientos años en completa esclavitud.... La razon, la filosofía, claman por la independencia de América». Y al mismo tiempo, y en el mismo tomo, y no reparando en la contradiccion, escribia: «Jamás ha sido mi intencion aconsejar á los americanos que se separen de la corona de España. Pero protesto que aborrezco la *opresion* con que se quiere confundir la union de los americanos».

Blanco, en quien la enemiga á todas las cosas de España habia llegado á verdadero delirio, no sólo se convirtió en campeón del filibusterismo, sino que tomó partido por Inglaterra en todas las cuestiones que surgian con sus aliados españoles, y abiertas ya las Córtes de Cádiz, vituperó todos sus actos, discusiones y leyes, mostrándose (como buen *anglo-mano*, aunque en esta parte acertaba) muy enemigo de la política *á priori*, del *Contrato Social*, de los principios abstractos y de la cándida ideología de los legisladores de Cádiz, si bien tampoco era parcial de las antiguas Córtes, sino de un sistema representativo, de dos Cámaras á la inglesa.

¹ *El Español*. [Por] D. J. Blanco White. [At] trahere, atque moras tantis licet accedere rebus. Virg. Lóndres. Impreso para el autor. [En] la Imp. de G. Wood.... 1812. Ocho tomos. El último se publicó en 1814.

Era tal el daño que en España, y sobre todo en América, hacia la venenosa pluma de Blanco, que la Regencia prohibió, so graves penas, la introducción de los números de *El Español*, por decreto de 15 de Noviembre de 1810, en que llega á proscribir á Blanco como reo de lesa nacion, y áun á denigrarle con el feo, si merecido, epíteto de *eterno adulador de D. Manuel Godoy*, lenguaje impropio de un documento oficial, y que acabó de exasperar á Blanco, lanzándole á nuevas y estrepitosas violencias. Arriaza, que se hallaba entonces en Lóndres con una comision oficial ú oficiosa, publicó contra Blanco *El Antiespañol* y otros folletos, que fueron contestados con no menor mordacidad.

Duró *El Español* hasta la vuelta de Fernando VII, y el ministro Canning premió á su autor con una pension vitalicia de 200 libras esterlinas anuales. Desde entonces rara vez escribió en castellano. Hay, sin embargo, toda de su pluma (ménos los últimos números en que se le asoció otro emigrado, D. Pablo Mendibil) una revista trimestral para los americanos, con título de *Varietades ó Mensajero de Lóndres*¹, que duró desde 1822 á 1825. Del patriotismo de los editores júzguese por este dato: empieza con la biografía y el retrato de Simon Bolivar. Allí es donde Blanco se declaró *clérigo inmoral y enemigo fervoroso del Cristianismo*; allí donde afirmó que *España es incurable*, y que se avergonzaba de escribir en castellano, porque nuestra lengua *habia llevado consigo la supersticion y esclavitud religiosa, donde quiera que habia ido*. Allí, por último, llamó *agradable noticia* á la de la batalla de Ayacucho.

La parte literaria de la revista es buena, mereciendo particular elogio un artículo sobre la *Celestina*, en que se sostiene que es toda *pañe de la misma tela*. Tiene Blanco el mérito de haber sido uno de los primeros iniciadores de la crítica moderna en España. Sus ideas artísticas se habian modificado profundamente por el estudio de la literatura inglesa, sacándole del estrecho y trillado círculo de la escuela sevillana. Habia aprendido que «la norma de las ideas bellas es la naturaleza, no desfigurada por el capricho y gusto pasajero de los pueblos y de las academias, sino tal cual domina en el corazon, y dicta los afectos de toda la especie humana»..... y que «los modelos antiguos deben estudiarse, para aprender en ellos á estudiar la naturaleza». De aquí su admiracion por la *Celestina*, dechado eterno de arte naturalista: de aquí su entusiasmo shakespiriano, que se mos-

¹ *Varietades*, [ó] *Mensajero de Lóndres*, [Periódico trimestral]. [Por] el Rev. Joseph Blanco White..... Lóndres, Ackerman, 1824. Con grabados.

tró, no sólo en delicados análisis, sino en traducciones nunca hasta hoy aventajadas. ¿Quién ha puesto en castellano con tan áspera energía (prescindiéndose de algun verso infeliz), el famoso monólogo *To be, or no to be?*

Ser ó no ser: Hé aquí la grande duda.
 ¿Cuál es más noble? ¿Presentar el pecho
 De la airada fortuna á las saetas,
 O tomar armas contra un mar de azares
 Y acabar de una vez?..... Morir..... Dormirse.....
 Nada más, y escapar en sólo un sueño
 A este dolor del alma, al choque eterno
 Que es la herencia del alma en esta vida.
 ¿Hay más que apetecer?..... Morir..... Dormirse.....
 ¿Dormir!..... Tal vez soñar..... Ahí está el daño,
 Porque, ¿quién sabe los horribles sueños
 Que pueden azorar en el sepulcro
 Al infelice que se abrió camino
 De entre el tumulto y confusion del mundo?
 A este recelo sólo, á este ¿quién sabe?
 Debe su larga vida la desgracia,
 Sino ¿quién tolerara los reveses
 Y las burlas del tiempo? ¿la injusticia
 Del opresor y el ceño del soberbio?
 ¿Las ánsias de un amor menospreciado?
 ¿La dilacion de la justicia?..... ¿El tono
 E insolente desden de los validos?
 ¿Los desaires que el mérito paciente
 Tiene que devorar..... cuando una daga,
 Siempre á su alcance, libértarle puede
 Y sacarlo de afan?..... ¿Quién sufriria
 Sobre su cuello el peso que le agobia,
 Gimiendo y jadeando hora tras hora,
 Sin ver el fin, á no ser que el recelo
 De hallar que no concluye en el sepulcro
 La penosa jornada..... que aún se extiende
 A límites incógnitos, de donde
 Nadie volvió jamás..... confunde al alma
 Y hace que sufra conocidos males,
 Por no arrojarse á los que no conoce?
 TOMO III

Esa voz interior, esa conciencia
 Nos hace ser cobardes: ella roba
 A la resolucíon el sonrosado
 Color nativo, haciéndola que cobre
 La enferma palidez del miramiento,
 Y las empresas de más gloria y lustre,
 Al encontrarla, fuercen la corriente
 Y se evaporan en proyectos vanos ¹.

La ruda naturalidad de Shakespeare hizo á Blanco renegar del arte relamido y peinado de sus antiguos modelos franceses. El mismo, en un artículo sobre Lamartine y Casimiro Delavigne (advíertase que ni áun los semi-románticos de aquella nacion le agradaban) ha indicado clarísimamente la diferencia. «El arte de los ingleses, dice, se esfuerza por corregirse, imitando á la naturaleza, mientras que el de los franceses se dedica enteramente á querer sobrepujar y corregir la misma naturaleza». Las simpatías de Blanco, como las de Trueba y Cosío, el Duque de Rivas y otros emigrados, estaban por el *romanticismo histórico*. Tradujo superiormente algunos retazos del *Ivanhoe*, y persuadido de que podia brotar rico venero de poesía de nuestros libros de la Edad Media, llenó las *Variedades* de retazos de las antiguas crónicas, del *Conde Lucanor* y del *Itinerario de Clavijo*, y reprodujo el discurso de Quintana sobre los romances, cosa ligera y escrita en francés, pero atrevida y notable para su tiempo.

III.—VICISITUDES, ESCRITOS Y TRANSFORMACIONES RELIGIOSAS DE BLANCO, DESDE QUE SE AFILIÓ Á LA IGLESIA ANGLICANA HASTA SU «CONVERSION» AL UNITARISMO.

CONTRA LO que pudiera creerse, Blanco no se hizo protestante inmediatamente despues de su llegada á Inglaterra, sino que lo fué dilatando, ya por el rubor que acompaña á toda apostasía, áun en ánimo incrédulo, ya porque no estuviera convencido, ni mucho ni poco, de los fundamentos y razones dogmáticas de la Iglesia en que iba á alistarse. ¡Singular ocurrencia en un impío (como él

¹ Pág. 75 de las *Variedades*. Tradujo además Blanco (y están en la misma revista) otros pedazos del *Hamlet* y algunos del *Ricardo III*.

lo era por aquellas Calendas) buscar entre todas las sectas protestantes la más gerárquica, la ménos lejana de la ortodoxia, y la que en litúrgia, ceremonias y ritos se acerca más á la romana! Blanco podia ser todo, ménos anglicano, en el fondo de su alma, y aunque él indique en sus escritos autobiográficos que le movieron á abrazar la nueva fé, y á tornar á convencerse de la *evidencia del Cristianismo*, sus coloquios con los teólogos de Oxford, el estudio que hizo de la Escritura en sus originales hebreo y griego, la leccion de los antiguos Padres, y la de algunos ingleses apologistas como el Dr. Paley, autor de la *Teología Natural*, y finalmente sus visitas á la iglesia de St. James, donde le encantaron la modestia y sencillez del culto protestante; tambien es cierto (y no lo negará quien conozca la índole de Blanco) que áun estimados en su justo valor estos motivos ¹, y tenida muy en cuenta la movilidad de impresiones del canónigo sevillano, no hubieran bastado ellos sin el concurso de otros mucho más mundanos; v. gr., la esperanza de honores y estimacion social para él y para sus hijos, á hacer entrar á aquel empedernido incrédulo en el gremio de ninguna iglesia cristiana. Pero ya entrado, como la educacion teológica que la Iglesia anglicana proporciona á sus ministros es, aunque estrecha y en partes falsa, sólida y robusta en otras, como reliquia al cabo de aquellas antiguas y católicas escuelas de Inglaterra, Blanco se encarnizó en el estudio de la exégesis y de la controversia, y ahondó bastante en él, y convencido su entendimiento por el esplendor de las pruebas de la revelacion ², fué durante algunos años supernatu-

¹ «Cuando en el curso de los oficios observé la hermosa sencillez y el sentimiento caluroso (si es licito decirlo así) que dominaban en aquella solemnidad, mi corazón, que por espacio de diez años habia parecido muerto á todo impulso religioso, no pudo ménos de mostrarse dispuesto á revivir, como un árbol deshojado cuando loorean las primeras brisas de la primavera. Dios evitó que quedase convertido en un tronco muerto. No daba aún señales de vida, pero la sávia estaba subiendo de la raíz. Así lo noté en mí, al considerar la impresion que me hizo el himno que se cantaba aquella mañana:

Quando de tus bondades, oh Dios mío,
 La inmensa multitud contempla el alma,
 Atónito á su vista me confundo,
 En amor, en respeto y alabanza.

Los sentimientos expresados en este hermoso himno penetraron mi corazón, como la primera lluvia que refresca una tierra sedienta.... Cuando salí de la iglesia era ya otro hombre, mas no tenia verdadera fé en Cristo.... Quiso Dios curarme de mi ceguedad, al cabo de dos años.» (*Preservativo contra Roma*, pág. 10).

² Parecen sinceras las siguientes palabras del *Preservativo* (pág. 12): «Las pruebas del Cristianismo son tan irrefutables, que cualquiera que se tome el trabajo de examinarlas, si realmente confiesa que hay un Dios vivo, un Sér que rige el mundo moral, jamás gozará un momento de reposo, hasta que haya creído en Cristo.... En vano busqué un punto de descanso fuera de la roca de los siglos.... En las angustias de mi alma, exclamé con el Apóstol Pedro: «¿á quién acudiré?» y me estreché con la cruz de Cristo. (P. 12).

ralista acérrimo, y llegó á creer bastantes cosas, que luego descreyó con su inconstancia habitual.

Aun en el breve período de 1814 á 1826 en que sirvió oficialmente á la iglesia anglicana, pudo tenersele por díscolo y revoltoso. Hecha su profesion de anglicanismo ante el Obispo de Londres, Dr. Howley, pasó inmediatamente á la Universidad de Oxford, para perfeccionarse en la Teología y en las lenguas orientales. Dábale fácil y decorosa posicion su cargo de ayo del *Honorable* Enrique Fox, hijo de Lord Holland (el biógrafo de Lope, y amigo de Jove-Llanos y Quintana) y presunto heredero de los títulos y grandezas del insigne orador émulo de Pitt.

Ya por este tiempo manejaba Blanco con extraordinaria perfeccion la lengua inglesa. Entonces comenzó á escribir para el *New Monthly Magazine*, aquellas *Cartas sobre España*¹, que luego reunió en un volúmen, y que Ticknor ha calificado de admirables. Lo son sin duda, con tal que prescindamos del furor antiespañol y anticatólico que estropea aquellas elegantes páginas, y del fárrago teológico con que Blanco, á guisa de recién convertido, quiso lisonjear á sus patronos, analizando con dudosa verdad moral (ni siquiera autobiográfica) las trasformaciones religiosas de un clérigo español, y describiendo nuestra tierra como el nido de la más grosera supersticion y barbárie. Pero si las *Cartas de Doblado* se toman en el concepto de pintura de costumbres españolas, y sobre todo andaluzas, del siglo XVIII, no hay elogio digno de ellas. Para el historiador tal documento es de oro: con Goya y D. Ramon de la Cruz completa Blanco el archivo único en que puede buscarse la historia moral de aquella infeliz centuria. Libre Blanco de temor y de responsabilidad, lo ha dicho todo sobre la córte de Cárlos IV, y aún no han sido explotadas todas sus revelaciones. Pero aún es mayor la importancia literaria de las *Letters from Spain*. Nunca, antes de las novelas de Fernan Caballero, han sido pintadas las costumbres andaluzas con tanta frescura y tanto color, con tal mezcla de ingenuidad popular y de delicadeza aristocrática, necesaria para que el libro penetrase en el severo hogar inglés, cerrado á las imitaciones de nuestra desgarrada novela picaresca. Sin perder Blanco su lozana fantasía meridional, habia adquirido algo más profundo y sesudo, y una finisima y penetrante observacion de costumbres y caracteres, que se juzgó

¹ *Letters from Spain. By Don Leucadio Doblado. London: Printed for Henry Colburn and Co. 1822.* 8.º XII más 484 págs. *Leucadio Doblado* es pseudónimo de Blanco (en griego *leucos*: el Doblado alude á la repetición de su apellido en inglés y en castellano: Blanco White.

digna del *Spectator* de Addison, al paso que la gracia señoril y no afectada del lenguaje hizo recordar á muchos las *Cartas* de Lady Montague. Todo favoreció al nuevo libro: hasta la general aficion que, por influjo del romanticismo literario y de los recuerdos de la guerra de la Península, se habia desarrollado hácia las cosas españolas en las altas clases de la sociedad británica. La escuela *labista* cooperaba á ello, difundiendo Southey sus poemas de asunto español y sus arreglos de crónicas y libros de caballerías. De tal disposicion, avivada por los novelistas walter-scotthianos, se aprovechó Blanco, y con ménos talento que él, pero con igual pureza de lengua, Trueba y Cosío en libros hoy olvidados, pero que hace ménos de treinta años eran populares hasta en Rusia y en Holanda. No pesa tal olvido sobre las *Cartas* de Blanco, y hoy mismo pasan por cuadros magistrales el de la corrida de toros (que no ha superado Estébanez Calderon ni nadie), el de una representacion de *El Diablo Predicador* en un cortijo andaluz, el de la profesion de una monja y el de las fiestas de Semana Santa en Sevilla: cuadros todos de opulenta luz, de discreta composicion y agrupamiento de figuras, y de severo y clásico dibujo.

Libro tan acabado puso de un golpe á Blanco en la categoría de los primeros prosistas ingleses, é hizo que se leyese con interés hasta sus libros de teología. Comenzó en 1817 con unas *Observaciones preparatorias al estudio de la Religion*¹, y prosiguió con su *Preservativo de un pobre hombre contra Roma*: folleto sañudo y vulgar, que él, con desacierto crítico nada infrecuente en los autores, tenia por la mejor de sus obras². Consta de cuatro diálogos breves, donde Blanco (cayendo en trivialidades indignas de su talento, y propias de cualquier *colporteur* ó agente de sociedades bíblicas, que, á guisa de charlatan, pregona sobre un carro en la plaza pública su mercancía evangélica) declama largamente contra la tiranía religiosa, cuenta su propia vida, ataca, sin gran novedad de argumentos, la autoridad espiritual del Papa, y las que llama *innovaciones del romanismo* (transustanciacion, purgatorio, confesion auricular, indulgencias, reliquias y veneracion de las imágenes) y sostiene con estricto rigor

¹ *Preparatory observations on the study of Religion, by a Clergyman, 1817, 12.º.*

² *The Poor Man's Preservative against Popery.* 2.ª ed., 1834. 2.ª, 1845.

Fué traducido al castellano (pienso que por Usó), y hay dos ediciones, si ya no es una sola con portadas diversas.

a) *Preservativo contra Roma*..... Edimburgo. | Imp. de Tomás Constable, | Impresor de Cámara de S. M. la Reina, 1816. 8.º, 78 págs.

b) *La Verdad Descubierta por un español*, 78 págs. (Los protestantes la repartieron profusamente en 1868: parece idéntica á la anterior, aunque se le mudó el título para no asustar.